



S: FRUCTUOSO, O. Y. M.

neno cuanto es mas sutil, es mas mortal; y el mas disimulado es el mas digno de temerse. Aunque el licor sea dulce, aunque sea muy grato al paladar, aunque le apetezcan y le alaben innumerables gentes, si tiene veneno es pernicioso. Haz un firme propósito de no leer jamás libros condenados: si no descubres sus errores, por lo mismo serán quizá mas malignos. Le tiene condenado el papa; ¿pues qué insolencia, qué impiedad será no rendirse á una orden superior tan legitima? Aunque tengas licencia, aunque tengas privilegio para leer libros prohibidos, no por eso será su doctrina mas sana ni mas santa: libraráste del pecado y del castigo; ¿pero te librarás del peligro? ¡Cosa extraña! A la menor sospecha que se tenga de peste ó de contagio quedan desiertas las ciudades mas pobladas. El oráculo de la verdad declara que una obra está emponzoñada, y no se quiere creer que haya tal ponzoña. Retírate cuidadosamente de toda persona sospechosa en la doctrina; y sobre todo huye de todo director, de todo confesor relajado, contemplativo y nimiamente indulgente. Cuando se trata del negocio de la salvacion no sobran precauciones ni medidas, ni se puede decir sin temeridad que se toma un camino demasiadamente estrecho.

SAN FRUCTUOSO,

OBISPO DE TARRAGONA, MÁRTIR.

La nobilísima y antigua ciudad de Tarragona, capital de toda la España citerior, y silla de los presidentes romanos, fué la patria dichosa de san Fructuoso y de sus diáconos Augurio y Eulogio. Sin embargo de haber llegado hasta nuestros tiempos las actas auténticas de este santo y esclarecido obispo, no sabemos quienes fueron sus venturosos padres.

No sabemos á punto fijo en qué año regaló Dios á su iglesia con este don precioso; pero atendiendo á las actas de su martirio, y á que el gran padre san Agustín le llama *anciano trémulo* al tiempo de padecerle, debió nacer san Fructuoso hácia el fin del siglo segundo. Su natural dócil y las felices inclinaciones con que estaba adornado su corazon, junto con un genio superior y comprensivo, hicieron á Fructuoso tan sabio, tan honesto y tan religioso, que solo los años obstaban para respetar en él un anciano justo y venerable. No son los años los que labran los méritos de los hombres: en poco tiempo, dice el Espíritu Santo, llega el justo á reunir en sí los merecimientos que suelen producir muchos siglos. Joven era Fructuoso, y ya tenia adquirido todo el conocimiento de la falsedad y apariencia del mundo, que bastó para que, despreciando sus mayores esperanzas, pensase en dedicarse á Dios en el ministerio del altar. Segrególe el Espíritu Santo como vaso de eleccion, para que su predicacion y su ejemplo fuesen muro fuerte donde se apoyase la casa de Dios en un tiempo en que el furor del infierno estaba empeñado en destruirla.

Disfrutaba, pues, la catedral de Tarragona en Fructuoso un ministro fiel y prudente, y un sacerdote santo, ejemplar y edificativo, cuando aconteció verse privada de pastor. El clero y el pueblo pensaron luego en dar un digno prelado á la Iglesia, y para esto inquirian y comparaban entre sí á los mas beneméritos, que eran por lo comun los mas escondidos y retirados. No se escuchaban las voces de la ambicion; no tenia lugar en los pechos de los electores el privado interes; los artificios, los empeños, la simonia, los pactos indecorosos no se empleaban en conseguir una dignidad de trabajo, de mortificacion, de desvelo continuo, y á que por lo regular se seguia una muerte horrible. La caridad, el zelo, la sabiduría eran las señas que

distinguian á los candidatos, y que mal grado suyo los sacaban de su humilde retiro para colocarlos encima del monte santo. Estas mismas virtudes hicieron una piadosa traicion á Fructuoso, obligándole á aceptar el cargo de pastor que por su respeto pusieron el clero y el pueblo sobre sus hombros.

Era amado universalmente antes de ascender á la dignidad episcopal; pero hecho obispo se derramó con tal impetu el torrente de su caridad y beneficencia, que hasta los mismos gentiles sentian copiosamente sus efectos, y le profesaban un amor sencillo. La verdadera caridad ni tiene límites, ni conoce respetos particulares, ni hace aceptacion de personas. Todo lo abraza, todo lo disimula, á todos manifiesta sus entrañas de piedad, y se hace amar de todos, así como no excluye de sus beneficios á ninguno. Cuantas virtudes requiere san Pablo para constituir un obispo perfecto, otras tantas se admiraban en Fructuoso. Era fiel dispensador de los misterios de Dios, inocente, humilde, manso, sobrio, prudente, desinteresado, hospitalario, benigno, justo, santo; capaz de exhortar con doctrina sana á los tibios, y de contener con su sabiduría á los soberbios. El zelo santo abrasaba su corazon, y las llamas encendian igual fuego en unos, y abrasaban y consumian los excesos y desórdenes en otros. Gozaba en fin Tarragona el mas completo prelado que podian apetecer sus deseos, y el espíritu de Jesucristo vivificaba los corazones de todos en aquellos felices dias.

A esto se agrega la santa compañía de Augurio y Eulogio, diáconos que asistian á su prelado para ayudarle en los ejercicios de su ministerio. El haber sido elegidos por Fructuoso entre los demás del clero en un tiempo de persecucion en que los mas íntimos de los obispos eran tambien los preferidos para los tormentos y la muerte, es una prueba convincente

de su viva fe y de la santa vida que los hizo acreedores á la preferencia. A la verdad, constándoles la suerte del español san Lorenzo, que habia sido quemado vivo dos años antes por ser el confidente del santo papa Sixto II, no podrian alimentar esperanzas ambiciosas con su proteccion y confianza; y sola la caridad y la gloria de Dios, junto con un deseo vivo de padecer por su amor y por su fe, debian ser los motivos de sus eclesiásticos ministerios. Unas intenciones tan puras tuvieron el premio debido á los principios que las causaban, y los que merecieron ser compañeros de su prelado en los trabajos del obispado, tambien fueron dignos de acompañarle en el heroico vencimiento, y en la corona con que un ilustre martirio vemos que despues los recompensa.

Habia venido por este tiempo á Tarragona un presidente imperial llamado Emiliano. Su eleccion misma es el testimonio mas fiel de su crueldad, y del odio que alimentaba su pecho contra el nombre de Cristo. Valeriano, aquel emperador insaciable de sangre, que no contento con ser desmesuradamente ambicioso, era finalmente cruel y carnicero; aquel ejemplar infeliz de la fortuna, ó por mejor decir aquel ruidoso escarmiento que presentó á los ojos de todo el mundo la divina justicia, permitiendo que fuese vencido por el hijo de Artajerjes I, traído en una jaula de hierro para servir de escabel á su orgulloso vencedor, y desollado finalmente, y echado en sal en justa venganza de los horrores que habia ejecutado con los cristianos. Este emperador desventurado eligió á Emiliano como fautor suyo, y capaz de sustituir en España á la inhumanidad y á la fiereza de su señor. Apenas llegó á Tarragona quiso dar pruebas de que su eleccion habia sido acertada; y meditando con infernal astucia que el primer golpe debia descargar sobre la cabeza para que los miembros quedasen lánguidos y amortecidos,

determinó prender á san Fructuoso y á sus diáconos con ánimo de començar por ellos el exterminio, y para que, herido el pastor, fuese mas fácil hacer presa en las ovejas desamparadas.

Mandó arrestar en la misma casa del obispo á san Fructuoso y á sus dos compañeros Augurio y Eulogio, hasta que, en el día 16 de enero del año de 259, en que eran cónsules Emiliano y Baso, día de domingo, dió orden á sus soldados beneficiarios Aurelio, Festucio, Elio, Polencio, Donato y Máximo de que los trajesen á su presencia, para dar principio en día de la mayor veneracion de los cristianos á la inicua obra que tenia proyectada. Fueron los soldados á casa de san Fructuoso; y sintiéndolos venir el santo, fué tal la alegre conmocion de su espíritu, que salió á recibirlos á la puerta casi descalzo, sin mas que unas sandalias en los piés. Intimáronle la orden que traian, diciendo: *El presidente manda que vengas á su presencia juntamente con tus diáconos.* A lo cual respondió el santo obispo: *Vamos al instante, y si lo permitis me calzará antes. Calzate á tu gusto,* respondieron los soldados; y habiéndolo hecho, fué conducido á la casa del presidente juntamente con sus dos inseparables compañeros. Por el pronto mandó que los llevasen á la cárcel pública donde fuesen bien asegurados. Como Fructuoso era el caudillo que debia esforzar á sus soldados para que no desmayasen en la terrible batalla que tenian inminente, en el mismo camino de la cárcel iba alentando á sus diáconos, proponiéndoles la dignidad y precio de la fe, y el amor que debian á aquel que por su redencion habia sacrificado su vida muriendo ignominiosamente en una cruz. *Hijos míos, decia, seguidme, no os apartéis de mí. Ahora mas que nunca necesita vuestro corazón del valor y de la constancia. La serpiente infernal prepara á los ministros de Dios terribles penas; pero para que la muerte no os amedrente ni inti-*

mide, fijad vuestros ojos en la palma que nos ofrece la victoria. La cárcel misma, cuando se padece por motivo tan glorioso, es escalon para subir al cielo, y nos reconciliará eternamente con Dios en bienaventuranza eterna.

Entre coloquios tan sublimes llegaron á la cárcel, en donde quedaron los tres santos con mas ánimo para padecer, que crueldad tenia el tirano para atormentarlos. Allí oraban incesantemente, considerando la dignacion de Dios que los habia escogido para adornarlos con tan preciosa corona. Los fervorosos cristianos, noticiosos de la prision de su obispo y de sus diáconos, vinieron presurosos, y consolándolos con amorosas razones, oraban con ellos y les pedian parte en sus merecimientos y sus ardientes oraciones. En corazon menos cimentados en la esperanza de una resurreccion gloriosa, pudieran hallar lugar el temor y la zozobra á vista de una muerte tan cercana; pero Fructuoso miraba con los ojos de la fe el término de su vida, y no descubria en él otra cosa que el principio de una felicidad eterna. En este concepto sus anhelos eran hacerse mas acreedor á las benignas miradas del Juez de vivos y muertos, ante cuya presencia esperaba presentarse muy presto para verse coronado; y al dia siguiente de su prision bautizó en la cárcel misma á un catecúmeno, llamado Rogaciano, para que se verificase que el grano no solamente muerto, sino aun antes de morir, producía dulces frutos para Jesucristo.

Seis dias estuvieron en la prision, hasta que al viernes siguiente por la mañana estando el presidente sentado en su tribunal, mandó que fuesen traídos á su presencia el obispo Fructuoso con sus dos compañeros Augurio y Eulogio. Fueron traídos y presentados, y así que los vió el presidente, dijo al obispo: ¿Has oido lo que tienen mandado los emperadores? A lo que respondió Fructuoso: *No sé lo que tienen man-*

dato; lo que sé decirte es que yo soy cristiano. Lo que los emperadores han mandado, dijo el presidente, es que todos adoren á los dioses. A lo que dijo el santo: *Yo adoro á un solo Dios, que es el que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto en ellos existe. ¿Sabes que hay dioses?* replicó el presidente. *No lo sé,* respondió el santo. *Ya lo sabrás despues,* dijo Emiliano. Conociendo el santo la perversa intencion con que lo decia, y que en aquel acto mismo habia resuelto su muerte, levantó el corazon á Dios, y comenzó á darle gracias é implorar su soberana asistencia. Entretanto, vuelto el astuto presidente hácia Augurio, hizo una exclamacion, diciendo: *¿Quiénes han de ser obedecidos, temidos y adorados, si no se reverencian los dioses, y no se adoran las estátuas de los emperadores! Augurio, no des crédito ni te dejes seducir de las palabras de Fructuoso.* Pero el bendito diácono, que tenia arraigada en su corazon la doctrina de su maestro y su obispo, y estaba tan léjos de negarla como ansioso de dar su vida por su calificacion y testimonio, contestó al juez con valor sobrenatural, diciendo: *Yo solamente adoro á Dios omnipotente. ¿Y tú, Eulogio, preguntó el juez, adoras tambien á tu obispo Fructuoso?* ¿Rara astucia para coger en el lazo al inocente, suponer que el seguir la doctrina verdadera del que animosamente la confesaba era un crimen de idolatría! Pero el santo diácono Eulogio hizo una distincion precisa de ambas cosas, diciendo: *Yo no adoro de manera ninguna á mi obispo; pero al propio tiempo confieso que adoro al mismo Dios que él adora.* Conoció el inicuo juez que eran ociosas las diligencias que empleaba para pervertir á alguno de ellos, y resuelto á condenarlos en vista de su firmeza, preguntó á san Fructuoso: *¿Eres obispo?* *Lo soy,* respondió el santo. Y como sabia que iba á dar contra los tres sentencia de muerte, y que se habia de ejecutar al punto, dijo Emiliano,

sonriéndose y haciendo burla de la respuesta : *Lo fuiste*. En efecto, mandó que los tres santos fuesen quemados vivos.

Los soldados sacaron presurosos las tres víctimas para llevarlas al anfiteatro en donde estaba preparada la hoguera. Apenas salieron del pretorio y se presentaron en público, cuando una conmoción universal se apoderó de los corazones de todos. La amabilidad y dulces prendas del santo obispo excitaron el dolor y la compasión, no solo en los cristianos, sino en los mismos idólatras, que conocían en medio de su superstición que no merecía tan cruel muerte su rectitud y su beneficencia. Los cristianos más ilustrados y de más viva esperanza, mezclaban con sus lágrimas una santa alegría por la gloria inefable de que ya le juzgaban poseedor según la cercanía de la victoria. Hubo entre ellos muchos que instigados del amor confeccionaron vino para confortarles, y hacer menos sensibles las agonías postrimeras; pero al ofrecerles los vasos, dió san Fructuoso aquella famosa respuesta que manifestó la severidad con que observó toda su vida la disciplina de la Iglesia, y que dió materia después con lo demás al grande Agustino para formar sólidas y vivas instrucciones á su pueblo en un sermón que es el 273 de los santos: *Ayunamos*, dijo el santo obispo, *y no es todavía hora de comer ni de beber*. En medio de la escasez y horrores de una cárcel, habían guardado solemnemente, como dicen sus actas, la estación del miércoles anterior, y el día de su martirio la observaban del mismo modo, y con tanto rigor, que porque era la hora cuarta no quisieron admitir aquel leve refrigerio estando tan cercanos á finalizar la vida. El justo observa escrupulosamente las leyes, sin que pueda servirle de pretexto para dispensarse de ellas ni la condescendencia y juicio de los demás, ni aun la misma muerte.

Iba san Fructuoso lleno de gozo y de seguridad al suplicio, deseoso de acabar la estación con los mártires y profetas en el paraíso que Dios tiene prometido á los que de veras le aman; y la presura con que caminaba al fuego, daba claro indicio del superior y más vivo que interiormente le abrasaba. Llegaron al anfiteatro, y pidiéndole con lágrimas en los ojos un lector suyo, por nombre Augustal, que le permitiese descalzarle, respondió el santo obispo : *Déjalo, hijo, que yo me descalzaré animoso, contento y cierto de las divinas promesas*. Descalzóse el santo; y entonces se llegó á él otro cristiano, llamado Feliz, y tomándole la mano derecha le pidió encarecidamente que se acordase de él en aquel sacrificio que iba á hacer á Dios de sí mismo y cuando estuviese gozando del premio eterno debido á su victoria. El santo con voz clara, que oyeron todos los circunstantes, le respondió : *Lo que conviene es que tenga presente en mi memoria á toda la Iglesia católica extendida desde el Oriente al Occidente*. Respuesta divina que enseñó la economía y justa dirección que debe hacerse de las oraciones, y de que se valió san Agustín en el sermón dicho para intimar la unidad de la Iglesia, diciendo en boca del santo mártir : *Si quieres que ore y pida por ti, no te separes de aquel místico cuerpo de aquella Iglesia católica por quien oro*.

Ya estaba el santo á la puerta del anfiteatro; sus ojos habían advertido la pira sobre que su cuerpo había de ser quemado en grato holocausto al Dios de las alturas. El Espíritu Santo movió entonces su corazón y sus labios para decir á los fieles una profética sentencia, que contenía el mayor consuelo que en aquellas tristes circunstancias podía darles. La persecución estaba declarada, la fiereza y la crueldad unidas eran el espíritu del juez inicuo que la promovía. Veían los fieles con sus ojos los tormentos que estaban

destinados á la confesion constante de Jesucristo; y muerto el pastor se contemplaban desamparados y faltos de la celestial doctrina de sus palabras y su ejemplo, capaces de sostener los corazones mas cobardes y mas tibios. El dolor, la tristeza, la consternacion y el desamparo se veian pintados en los semblantes melancólicos y llorosos de los fieles. San Fructuoso lo veia todo y lo sentia todo, y queriendo asegurarlos y consolarlos á un mismo tiempo, fortaleciendo su voz, y rigiendo su lengua el Espiritu divino, prorumpió clara y distintamente en estas palabras llenas de consolacion: *Hijos míos muy amados: estad ciertos de que ya de aqui adelante no os ha de faltar pastor, ni menos podrá faltáros la caridad del Señor y su promesa, tanto ahora como en lo futuro. Estos tormentos que veis son cosa lijera y transitoria, que á lo mas podrán durar una hora.* Dicho esto con palabras de mucho amor, instruccion y ternura, consoló á sus dolientes ovejas, y caminaron al fuego. Puestos encima de la pira los ataron las manos, y aseguraron á tres palos gruesos que estaban en medio; y dejándolos así, se bajaron los crueles ministros y echaron á arder la leña, que en muy poco tiempo se encendió toda, convirtiéndose en altas y voraces llamas.

Un espectáculo tan horroroso tenia á todos los espectadores en una profunda suspension de ánimo, indicando con el silencio aquel miedo y consternacion que impone á los mas inocentes corazones la presencia del suplicio, y la ejecucion irresistible de la sentencia que da la justicia ó injusticia sostenida del poder. Los alaridos, los lamentos, las quejas y demás señales con que se hace conocer el dolor de los pacientes en tan funestas circunstancias, se convirtieron en una serenidad y gozo que afrentaban á los mismos ministros de la crueldad. Todos veian arder la hoguera y abrasarse las victimas sin notar la menor con-

torsion ni otro movimiento indicante de pena; prueba de que el Espiritu Santo andaba entre las llamas confortando á sus soldados, como lo hizo en los tres venturosos mancebos en el horno de Babilonia. Pero la admiracion fué suma, cuando, habiéndose ya quemado los cordeles con que tenian los santos las manos atadas, vieron todos que, desasiéndose de los palos que los tenian sujetos, no cayeron amortiguados en la hoguera, ni dieron señal alguna de que les fuesen sensibles los tormentos. Todos tres, unánimemente y movidos de un mismo espiritu, se ponen de rodillas, y extendiendo sus brazos en forma de cruz, perseveraron entre las llamas orando con alegria, seguros de la vida gloriosa que tenian tan inmediata. El fuego de la caridad que abrasaba sus corazones era mucho mas superior al que quemaba sus cuerpos, y los refrigeraba con mas poder que el que tenia el fuego material para quemar. Cuantos fieles estaban presentes concibieron en vista de una accion tan portentosa los deseos mas vivos de ser participantes de aquel divino espiritu que daba fortaleza para despreciar con tanta valentia los tormentos y la muerte mas horrorosa. Al paso que en los cristianos se advertia el consuelo, la satisfaccion y la animosidad, se veian pintados en los semblantes de los fieros ministros la desesperacion y la rabia, viéndose confundidos con los mismos medios que habian elegido para infundir terror.

Al fin, quiso Dios permitir á la voracidad del fuego que consumase la victoria, para adornar las heróicas frentes de sus siervos con las coronas de gloria imarcescible que los tenia preparadas; y en la misma postura de cruz alcanzaron un triunfo semejante al que el Rey de los mártires consiguió en una cruz en medio de la tierra. Sus almas purificadas como el oro en el crisol, salieron de entre las llamas puras y resplandecientes para subir á ser inmortal adorno de la ce-

lestial Jerusalem : y el benignísimo Dios que, en medio de los triunfos alegres que consiguen sus justos, tiene presentes á los mas obstinados pecadores para ofrecerlos los tesoros de su misericordia, quiso que al tiempo que subian las almas de los tres vencedores á recibir el premio de su martirio, fuesen vistas de Babilon y Migdonio, cristianos y criados de la hija del pretor. Sorprendidos de la vision portentosa, avisaron á su ama para que fuese testigo de la divina maravilla, y de la gloria que habian conseguido Fructuoso, Augurio y Eulogio en premio de sus tormentos. Llamaron tambien al presidente con el mismo fin ; pero, como la virginidad es tan amada del cielo como odiada la obstinacion y desconfianza, logró la hija por ser virgen, como dice Prudencio, el distinguido favor de ver gloriosos á los mártires, de lo que se hizo indigno su padre por la ceguedad en sus errores.

Insultaba este á sus criados y á su hija, burlándose de sus dichos, y negando que sus visiones pudiesen ser efecto de otra cosa que de la debilidad de sus cabezas ; mas, para castigar su presuncion y glorificar á sus santos, hizo Dios que se le apareciesen vestidos de unas estolas hermosísimas y resplandecientes que indicaban en su claridad y belleza la firmeza y certidumbre de las promesas divinas. Reprendiéronle además con la mayor aspereza su crueldad, haciéndole ver cuan falsamente estaba persuadido á que el haberlos mandado quemar fuese un mal verdadero, puesto que veia con sus ojos la grande gloria de que gozaban aquellos mismos á quienes habia abrasado sus cuerpos ; pero Emiliano quedó tan duro y obcecado despues de la terrible reprehension como lo estaba primero ; fruto ordinario que produce la muchedumbre de delitos, y castigo el mas severo con que la divina Justicia acostumbra vengar sus ultrajes.

La falta de su pastor produjo en los fieles una suma

tristeza, no porque tuviesen lástima de Fructuoso, á quien firmemente creian glorioso y triunfante en los cielos, sino porque se acordaban de sus virtudes, de su doctrina y del amor paternal con que los habia apacentado. Sus pechos anhelantes deseaban tener alguna reliquia de los sagrados despojos para sostener con ella los encendidos afectos de su corazon. Las tinieblas de la noche dieron facilidad para calmar sus deseos. Llenos de fe, de amor y de solicitud piadosa, concurren al anfiteatro prevenidos con vino generoso para apagar el fuego, y refrescar los huesos de los mártires que pudiesen hallar medio quemados. Cada cual se apresura á recoger el precioso tesoro : unos se vuelven contentos á sus casas cargados con alguna reliquia marcada de las señales del triunfo ; y los menos afortunados recogen las cenizas, ciertos de que en ellas se contenia parte de lo que apetecia su corazon y veneraba su fe. La piedad cristiana siempre dispuso las veneraciones debidas á las reliquias de los santos, haciendo entre el Señor y los siervos la justa distincion que corresponde á sus personas, y dando al culto la distribucion ordenada que enseña la Iglesia y el Evangelio. Si la ignorancia ó la supersticion confunde ciegameente las respectivas adoraciones, no será porque los primeros cristianos no dejasen abundantes ejemplos de que solo Dios debe adorarse por sí mismo, por su dignidad y su grandeza ; y por su amor y respeto, aquellos héroes que fueron dignos de sus eternas recompensas. Las acciones de mayor edificacion deben estar sujetas á la voluntad divina ; y no siempre es conforme á las ocultas disposiciones de la Providencia todo lo que sugiere la piedad. Quería Dios que los que habian vivido juntos y habian padecido juntos por su nombre no se separasen aun despues de muertos ; y así aquella misma noche se apareció san Fructuoso á los cristianos que habian recogido las re-

liquias, y con semblante benigno los amonestó que las juntasen todas y las colocasen en un solo lugar. Viéronse sus corazones combatidos de afectos contrarios, y quisieran conservarse en la posesion de su tesoro, y quisieran obedecer á su pastor. Al fin prevaleció esto último; y juntándose los fieles por la mañana en la iglesia mayor, cada uno restituyó lo que habia recogido, y puesto en una arca de mármol lo colocaron debajo del altar mayor, cantando mil alabanzas por lo maravilloso que en sus santos se habia mostrado.

Aquí permanecieron las sagradas reliquias por muchos siglos con grande veneracion de los fieles, que recibian continuos favores de la dignacion divina por la intercesion de los santos. Las iglesias de España los celebraron por tales desde luego, leyendo sus actas, que son de la mayor veneracion y autenticidad, en los divinos oficios. Y en la iglesia de África vemos que, en tiempo del padre san Agustin, era el dia de san Fructuoso dia solemne, en el cual el mismo santo doctor predicó un sermon en su elogio despues de haberse leído las actas de su martirio. Permaneció Tarragona con la gloria de poseer las reliquias de su santo obispo todo el tiempo del reinado de los Godos, hasta que en la desolacion universal de los Sarracenos quedó saqueada, quemada y totalmente destruida. Dios entonces, celoso del honor de sus siervos, cuidó de que por ministerio de un san Justino y otros varones piadosos á quienes guió un angel, fuesen trasladadas las preciosas reliquias á la ribera de Génova, y colocadas en una montaña quince millas de la ciudad entre esta y Porto-fino. Despues edificaron allí los fieles un monasterio, que dieron al órden de san Benito para que cuidasen de su veneracion y custodia, mostrándose continuamente en repetidos prodigios la proteccion que san Fructuoso les dispensaba. Vióse esta con

mayor solemnidad en el año de 986, en que la emperatriz Adelagia, mujer del emperador Oton III, hizo al monasterio una donacion cuantiosa en reconocimiento de que el Todopoderoso habia libertado de un naufragio á su hijo Carlos por la intercesion de san Fructuoso, á quien en medio del peligro se habia encomendado. Así manifiesta el santo su proteccion y patrocinio con los que debidamente le invocan en sus necesidades, y así manifiesta Dios la complacencia que tiene en que sean honrados y venerados los que por su amor y por su fe desprecian la muerte, y abrazan con heroismo los tormentos.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma, el martirio de Santa Inés, vírgen, la que fué arrojada en una grande hoguera en tiempo de Sinfronio, prefecto de la ciudad; pero como las llamas se apagasen con sus súplicas, fué luego decapitada. San Jerónimo hace su elogio en estos términos: La vida de Inés ha sido celebrada, sobre todo en las iglesias, por los escritos y por las lenguas de todas las naciones, á causa de que, sobrepujando la flaqueza de su edad, triunfó del tirano y consagró su castidad por un glorioso martirio.

En Atenas, san Publio, obispo, que gobernó muy dignamente esta iglesia despues de san Dionisio el areopagita. Tan célebre por el resplandor de sus virtudes como ilustre por su doctrina, recibió la corona de gloria por el testimonio que habia dado á Jesucristo.

En Tarragona, en España, los santos mártires Fructuoso, obispo, Augurio y Eulogio, diáconos, los que durante la persecucion de Galiano fueron primeramente encarcelados, y despues arrojados á las llamas, en medio de las cuales, luego que se hubieron que-